

aunque no habían hablado todavía la primer palabra, pues venían á buena distancia de nuestras líneas. Los tales eran nada menos que Carman, vicecónsul americano, y el abanderado Potts de la fragata *Suwanee*. Venían como embajadores, y su embajada se reducía á solicitar que se permitiera á los franceses embarcarse en paz y en gracia de Dios, pues se proponían evacuar el puerto; y caso que no se les dejara salir como lo deseaban — ¡qué miedo! — bombardearían la ciudad.

Corona salió á recibir á los del recado hasta el rancho de la Urraca, más acá del río del Presidio, y luego de exponer el gravadoso cónsul y el no menos gravadoso marino, que traían cosas importantes que conferir con el jefe del ejército, éste les introdujo á un jacal de mala muerte, donde á la luz de un cabito de vela se leyeron las comunicaciones y se agotaron los términos de cortesía.

— ¿Puedo todavía servir de algo á los señores comisionados? preguntó Corona.

— ¡Oh, sí, señor! respondió Carman, insisto en que usted nos dé su promesa de que no hostilizará á los franceses en su reembarco, pues tienen la invariable resolución de bombardear la ciudad.

— ¿Bombardear la ciudad? No lo creo, señor cónsul; no se atreverán á emprender nada en presencia del buque americano que manda el capitán Shirley.

— El *Suwanee* no tiene la fuerza bastante para impedir un atentado de esa clase.

— Sí la tiene, señor cónsul; pero aunque no la tuviera, su fuerza no radica en la materialidad de poder causar más ó menos daño á los franceses, sino en el crédito, la respetabilidad y la grandeza de los Estados Unidos.

— Sin embargo, general, yo me atrevo á insistir, pues me interesan en extremo el bienestar y la existencia de mis nacionales.

— Que nunca han disfrutado de mayores prerrogativas que ahora, señor cónsul, á pesar de que el tiempo no era de lo más propicio.

— No lo negaré; pero yo desearía seguridades más positivas.

— Son las que puedo dar.

— Espero que lo reflexione, señor general; yo me alojaré en el hotel americano en el Presidio y allí aguardaré la contestación de usted.

— La mandaré con la debida oportunidad.

Y en efecto, al día siguiente llegó la respuesta que comprendía los mismos puntos que la conversación.

Así pasaron tres ó cuatro días, en que ni se avanzó en las operaciones militares, ni se bombardeó la plaza, ni se alejaron los franceses, ni nada.

El trece, á eso de las nueve de la mañana, llegó en carretela abierta un oficial de marina que conducía un

pliego para Corona. Como en la plaza se había tocado parlamento y suspendídose los fuegos, se condujo al cuartel general al enviado, que entregó al jefe una carta en que nadaba el tasajo del miedo en el caldo de la más refinada *politesse*: había recibido el vicealmirante Mazève las órdenes para evacuar el puerto de Mazatlán; pero antes de ausentarse quería tener la ocasión de tratar con sujeto tan principal como Corona, cuyos sentimientos archihumanitarios le tenían lleno de pasmo y penetrado de gratitud.

Leyó don Ramón la misiva, y á poco envió al mejor trajeadito de sus subalternos, el coronel Ignacio Escudero, llevando una comunicación de que quisiera tener traslado para poder enviártela, pues te confieso que puse en ella lo mejor de mi sutil ingenio.

Decía Corona que, aunque tarde, se habían enterado los franceses de que hay un ejército mexicano con quien tratar; que celebraba que, aunque tarde, se preocuparan los franceses de darle garantías á la población inerme, pues no habían tenido tan filantrópica actitud cuando habían entregado al saqueo, al incendio y á la lascivia de la soldadesca, á lugares como Concordia, Siqueros, Jacobo, Aguacaliente, Pueblo Nuevo, Zopilote, La Canoa, El Valamo, San José, Veranos, Pánuco y Copala. Concluía haciendo saber que si los franceses bombardeaban á Mazatlán cuenta era suya, pues á Corona le tocaba sólo

adoptar el temperamento que exigieran el decoro y la honra de la nación mexicana.

Entregó Escudero la respuesta á un oficial, y el oficial la pasó á sus jefes, conviniéndose en que el armisticio duraría hasta las doce del día.

A las doce y cuarto se recibió noticia de que los franceses se escapaban aprovechándose del armisticio... ¡Providencia de Dios! diría Ramoncito Alcaraz, que suele poner en la cuenta de su Divina Majestad todas las infamias, todas las picardías y todos los desafueros.

¡Providencia de Mandrín y de Cartouche! diría yo, que consiente salgan como fulleros y ladrones de caminos los que se dicen soldados invencibles y depositarios de todo el valor y de todo el decoro militar. ¡Salud al primer ejército del mundo! quizás pronto le veamos magullado y contundido por quien pueda más que él, y quizás pague con las setenas las infamias que aquí realizó.

Después que Corona hubo dictado las providencias necesarias para que se guardara el orden, entró al puerto todo lo que, con una poca de fanfarronería, llamamos aquí el ejército de Occidente. Naturalmente yo, que no tengo grado conocido ni lugar señalado ni casillero en que colocarme, fuí de los primeros que entraron á fisgonear el caso memorable, pues ya pensaba en escribirte esta cartita, que de seguro tomarán como documento histórico los Bustamantes del porvenir, si por acaso llega

á nacer alguien tan majadero como tu amigo el insigní-
simo mamarracho del *Cuadro Histórico*.

Mas discretos ó majaderos los tales historiadores, te referiré sólo que era un espectáculo edificante por nuevo, encontrar á las puertas de la ciudad, no á franchutes fanfarrones ni á Judas traidores y bellacos, sino á las niñas más bellas, á los caballeros más ricos y á las matronas más respetables del lugar, que suplican á Corona

no fatigue los ijares
de su mal regida bestia,

y después de dirigirle una alocución muy bien parlada colocan en su cabeza coronas de victorioso laurel — de laurel, que se destina á los héroes y á los triunfadores. ¿Y quién merece nombre de héroe si no lo merecen estos excelentes patriotas, que luchando con la pobreza, con las enfermedades, con la complicidad de los bribones y con la desgracia, han sabido guardar incólume este pedazo de patria que quisieron defender con su sangre?

Era hermoso espectáculo el de aquellos infelices atezados, piojosos, desgarrados, famélicos, mechudos, ora con cicatrices recientes, tal vez con heridas abiertas, recibir los plácemes, las sonrisas, los apretones de manos, los abrazos y hasta los besos de los ojos más negros, de los brazos más mórbidos, de los labios más rojos, que cerrados siempre para franceses y traidores, se abren hoy

para estos soldaditos de hierro, que supieron resistir hambre, necesidad, soles candentes, fríos polares, falta de sueldos y falta de vestido, por perseguir un ideal lejano que muchos no comprendían bien, que muchos tenían vago y esfumado en sus entendimientos; pero en el que todos creían como en su propia vida.

Mas me pongo lírico y eso no cuadra con mi carácter de historiador: sigo con mi canto llano. A cada soldado le pusieron en el brazo una cinta de seda roja con esta letra: *Premio á la virtud y al valor mexicanos*, y en las bocas de los rifles colocaron ramilletes de flores artificiales que llevaban escuditos de oro — escuditos de oro un poco más indiscutibles que los títulos de don Benito á la presidencia, y que ya te figurarás cómo serían vistos por aquellos excelentes muchachos que no oían hablar de ellos años hacía.

Esto, Inés, ello se alaba;
no es menester alaballo.

Todo Mazatlán estaba lleno de colgaduras, de festones, de alegría y de expansión. Las tropas recorrieron las calles recibiendo los saludos, las flores y los vivas del vecindario, que no se hartaba de celebrar la llegada de pobres veteranos que por primera vez eran recibidos en triunfo. La columna se desplegó del lado de la aduana marítima, dando frente á los buques de guerra franceses;

tocaron los músicos, lució al aire el águila libre, sin coronas ni adminículos, y por primera vez se alzaron puras y nítidas, sin que parecieran una ironía sangrienta y dolorosa, las notas del himno nacional, que fué seguido de todos nuestros sonos populares más comprometedores.

¡Figúrate, Guillermo, la dentera de los franceses ante aquel espectáculo! Todo lo vieron, todo lo oyeron, y dicen que al enterarse de esas cosas, el Almirante lloró y se lamentó de que las picardías de los suyos hubieran hecho natural y deseable aquel espectáculo.

Nuestro primer cuidado, luego de bobear dando santo y seña de lo que pasara, fué poner en libertad á mi amigo el licenciado Olivos, que llevaba nueve meses de estar en prisión rigurosa. Allí vi á mi ingratisima deidad, que me trató con un cariño y una gentileza que enconaron todavía más la herida. Dicen que se inclina á un francés, dicen que adora á su marido y dicen otras muchas cosas; pero lo que nadie duda es que á mí no me pasa. ¡Qué triste cosa es llegar á viejo, Guillermo mío!

Vuélveme, amor, mi juventud, y luego
Tú mismo á mis rivales acaudilla.

Para terminar te contaré algo que parece final de novela, pero que no es sino trozo palpitante de historia. Ayer estábamos en un banquete que la ciudad le ofreció á Corona. A la mejor un oficial dijo en voz alta:

— Mi general, le habla á usted un hombre.

— ¿Qué quiere?

— Dice que es su padre.

— ¿Mi padre? Mi padre murió ya. ¿Cómo se llama ese hombre?

— Esteban Corona.

— ¿Esteban Corona? dijo el triunfador ya preocupado. Que pase.

Y entró en efecto el recién venido, que todavía se encuentra en buena edad y que abrazó á Corona entre lágrimas y besos. Este le pagó en la misma moneda, y durante un buen rato no se oyó más que «¡padre mío!», «¡hijo de mi alma!», «¡bendito sea Dios que me permite verte!», y otras cosas así que hicieron que todos soltáramos el trapo.

Corona creía muerto á su padre, y su encuentro en este día y en estas circunstancias ha impresionado grandemente. Bueno es lo que concluye bien.

Pronto saldré de este Mazatlán de mi alma é iré adonde la fortuna me lleve; pero donde quiera he de repetir, parafraseado aquello que Cervantes aplica á Barce-



lona; dispensa si no le cito fielmente, pues no tengo el libro á mano:

«Adiós, Mazatlán, flor de las bellas ciudades, regalo y delicia de tus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la cortesía, ejemplo de lealtad y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo». Adiós, Mazatlán.

Tuyo,

El Nigromante.

FIN DEL TOMO TERCERO



ÍNDICE DEL TOMO III

PORFIRIO DÍAZ

PRIMERA PARTE

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
I. — Entre amigos.	5
II. — Los prófugos	27
III. — Nuevas aventuras de Pancho	51
IV. — El Santo Oficio marcial	87
V. — En libertad	131
VI. — La convalecencia	143
VII. — Resurrección.	169
VIII. — La promesa de Visoso.	189
IX. — Miahuatlán	213
X. — La Carbonera.	245
XI. — Dos de Abril	265
AL QUE LEYERE.	289

RAMÓN CORONA

SEGUNDA PARTE

Cartas del destierro.	291
Cartas nigrománticas	367
Cartas de la guerra.	437